

LA FORMACIÓN DE PASIVAS EN ESPAÑOL. ANÁLISIS EN TÉRMINOS DE LA ESTRUCTURA DE *QUALIA* Y LA ESTRUCTURA EVENTIVA'

1. Introducción

La formación de pasivas es un fenómeno que ha interesado siempre a los gramáticos de las distintas lenguas, sea cual fuere el modelo teórico o la escuela en la que hayan inscrito su investigación, hasta el punto de que la bibliografía existente sobre el tema es amplísima y muy variada en cuanto a concepciones y en cuanto al tipo de datos que se manejan. El interés de la disciplina hacia la pasiva ha de estar forzosamente relacionado con el hecho especial de que, entendida como construcción, se corresponde siempre con una oración activa correspondiente¹ y, entendida como proceso, resulta lo suficientemente regular y productivo como para despertar las ganas de sistematizarlo, describirlo o explicarlo.

La consecuencia de este intenso interés es cierto desequilibrio en el número de páginas dedicadas al fenómeno y el rendimiento efectivo de este; por poner un par de ejemplos, la pasiva perifrástica apenas se usa en español oral, a pesar de lo cual se estudia constantemente; otro tanto ocurre en el caso de la pasiva con *se* con el sintagma-*por* explícito (el llamado tradicionalmente *complemento agente*): es una estructura muy marcada y relegada a cierto tipo de lenguaje (en concreto, al jurídico-administrativo)², a pesar de lo cual son muchos los trabajos que investigan las causas de su imposibilidad o los requisitos que la legitiman. Por último, existen fenómenos más generales relacionados con la formación de pasivas (la diferencia entre atribución y pasividad, especialmente a propósito de las pasivas con *estar*, pero también en relación con las pasivas con *ser*; la naturaleza de adjunto o de argumento del sintagma-*por*; la naturaleza del clítico *se* en la pasiva con *se*, etc.) que también han sido objeto de investigación frecuente y que conservan el estatus de cuestiones pendientes de resolver.

En suma, la formación de pasivas ha sido y sigue siendo un tema de relevancia para la investigación lingüística, y aún parece que se pueden explorar nuevas vías de acercamiento a él.

' La investigación que subyace al presente artículo ha sido presentada en versiones previas en el *Ciclo Lingüístico de Braga*, en el Centro de Estudios Humanísticos de la Universidade do Minho, Braga (abril, 2003) y en el *XXXI-II Simposio de la Sociedad Española de Lingüística*, en la Universitat de Girona (diciembre, 2003). Agradezco a las audiencias de los distintos foros las observaciones y comentarios sobre esas versiones previas, y sobre todo a sus organizadores las invitaciones a presentar la investigación en curso. La investigación ha sido financiada por el Proyecto de Investigación FG 05 (*Las expresiones idiomáticas con verbos de movimiento*) del Programa de Apoyo a Grupos Emergentes de la Universidad Autónoma de Madrid.

¹ Razón por la cual los análisis derivacionales han considerado siempre la activa como la estructura básica; en efecto, no existe pasiva para la que no se pueda proponer una activa correspondiente, afirmación que no se sostiene a la inversa: no de toda oración activa deriva una pasiva. De ahí que la bibliografía sobre el tema haya indagado reiteradamente en las causas de los desajustes.

² De donde proceden la mayoría de los ejemplos que se suelen citar para ejemplificar la posibilidad de que una pasiva con *se* se construya con el sintagma-*por* explícito: es el caso del famoso ejemplo de Gili Gaya (1943) [1949: 73], tantas veces citado: *se firmó la paz por los embajadores*. Para las restricciones que afectan a esta combinación, véanse De Miguel (1992, 1999). Para la especialización de esta estructura como rasgo característico del lenguaje jurídico-administrativo, véase De Miguel (2000b).

En las páginas que siguen me propongo investigar el origen de ciertas restricciones de la pasiva en español de las que no dan cuenta las explicaciones habituales, ni siquiera las que recurren a los requisitos aspectuales establecidos más recientemente.

La propuesta de este trabajo es la de que es posible explicar la pasiva en español a través de un análisis léxicamente determinado. El análisis que defiendo se inscribe dentro de un modelo teórico que prevé que existen ciertas propiedades léxicas de las palabras que determinan de manera fundamental su comportamiento sintáctico. En concreto, la hipótesis de este trabajo atribuye especial relevancia a las propiedades aspectuales de los eventos denotados por los predicados verbales, por un lado, y, por otro, a cierto tipo de informaciones contenidas en los argumentos seleccionados por los verbos que contribuyen a definir aspectualmente estos y, en ocasiones, alteran su primitiva especificación aspectual (lo que se ha atribuido tradicionalmente a la naturaleza composicional del aspecto léxico). Uno y otro tipo de informaciones se encuentra hipotéticamente codificado en el léxico en lo que Pustejovsky (1991, 1995, 2000) llama la Estructura Eventiva (EE, a partir de ahora) y la Estructura de Qualia (EQ, a partir de ahora). El objetivo de este estudio es mostrar cómo la interacción entre los contenidos de la EE y la EQ permite dar cuenta de ciertos comportamientos aparentemente heterogéneos o inesperados de los verbos con respecto a la pasiva en español.

2. Restricciones aspectuales de la pasiva: tratamientos previos

La hipótesis de que el significado del verbo (y, más en concreto, el significado aspectual del verbo) influye en la aceptabilidad o inaceptabilidad de una oración pasiva en español había sido ya formulada por Fernández Ramírez (1986) y Gili Gaya (1943), quienes señalaron interesantes correlaciones entre el aspecto léxico del verbo, el aspecto flexivo de la forma verbal y la aceptabilidad de la construcción resultante. Esa interrelación ha recibido posteriormente tratamiento formal en numerosos trabajos en los que se ha ampliado, matizado y revisado la hipótesis de la influencia del aspecto verbal en la formación de las distintas pasivas existentes en español (la pasiva perifrástica, la pasiva con *se* y la pasiva con *estar*). En De Miguel (1992, 1999) incluí tanto una revisión de la cuestión como una propuesta de formalización de la relación entre aspecto léxico, aspecto flexivo y pasiva. Un trabajo reciente de Takagaki (2004) examina las observaciones de Gili Gaya y Fernández Ramírez y el análisis de De Miguel a la luz de los datos de un corpus actualizado de pasivas, el *KLM Corpus* de Miyamoto (que se está elaborando a partir de materiales procedentes de la obra de novelistas contemporáneos, de periódicos y de la lengua oral); Takagaki (2004) confirma la validez de la propuesta acerca del papel determinante del aspecto léxico en la formación de la pasiva, al tiempo que ratifica la hipótesis de De Miguel (1992, 1999) según la cual la pasiva perifrástica se usa mucho menos porque tiene muchas más restricciones aspectuales que la pasiva con *se*.

En líneas generales, podría decirse que para formar una pasiva perifrástica es preciso que el verbo sea perfectivo –es decir, que pertenezca a lo que Vendler (1967) denominó la clase de las realizaciones o la de los logros³–, y que el objeto directo (OD) de dicho verbo

³ La clasificación aspectual de Vendler (1967), probablemente la de más éxito en la bibliografía tradicional sobre el tema, establece la existencia de cuatro tipos de situaciones; para distinguirlas, el autor utiliza una serie de *tests* lingüísticos, razón por la cual los lingüistas han asumido su propuesta y se han servido de ella para discriminar clases aspectuales de verbos: los estados (eventos sin dinamismo, con duración y sin final; por ejemplo, *amar*, *tener*), las actividades (eventos dinámicos, con duración y sin final; por ejemplo, *nadar*, *trabajar*), las realizaciones (eventos dinámicos con duración y con final; por ejemplo, *romper*, *construir una casa*) y los logros (eventos dinámicos, sin duración y con final; por ejemplo, *descubrir*, *llegar*).

sea un objeto externo. Así se ilustra en (1a, b). En cambio, no se obtendrán pasivas perifrásticas a partir de verbos de estado o de actividad –cf. (1c, d)–, ni con predicados cuyo OD carezca de autonomía semántica y estructural. Los objetos que forman parte inherente del significado del verbo y, por tanto, no son autónomos, no pueden aparecer como sujetos en pasivas perifrásticas. Se encuentran en este caso los objetos internos al verbo del tipo de los acusativos internos del latín, como *la vida* en *vivir la vida* en (1e); los objetos obligatorios de los verbos de soporte o verbos *light*, semánticamente incompletos sin el complemento, como *visitas* en *hacer visitas* ('visitar'), en (1f);⁴ y los falsos OODD de las expresiones idiomáticas, como *la pata* en *meter la pata* ('equivocarse') en (1g).⁵

(1)

- a. La obra fue representada por una compañía joven.
- b. El libreto fue encontrado detrás de la cortina.
- c. ??El libreto es buscado por Juan.
- d. * El libreto es tenido por Juan.
- e. * La vida fue vivida con entusiasmo.
- f. * Muchas visitas fueron hechas.
- g. * En aquella reunión, la pata fue metida hasta el fondo.

En todos esos casos, la pasiva perifrástica es imposible y el castellano recurre a la pasiva refleja o pasiva con *se*, que carece de esta restricción de tipo léxico-semántico y es por ello mucho más frecuente estadísticamente. Lo ilustran los ejemplos de (2d–f), donde aparecen pasivas con *se* cuyo sujeto es un objeto interno en la activa correspondiente.

De hecho, la pasiva con *se* no parece mostrar más restricción que la de no admitir el sintagma-*por* –cf. por ejemplo (2c')–; el signo que precede a la oración expresa que es interpretable si el sintagma encabezado por *por* se entiende como un adjunto de causa– y la de verse impedida en los casos en los que el OD es animado⁶. Ello explicaría, como señala Takagaki (2004: 177), por qué con algunos verbos de OD típicamente animado (humano) se invierte la tendencia general y se prefiere la pasiva perifrástica. Es el caso de *recibir*, del que el corpus de Miyamoto (2001) computa un 59,7% de pasivas perifrásticas, frente a un 40,3% de pasivas con *se*. En (2b') he ejemplificado la inaceptabilidad de la pasiva con *se* con sujeto humano (el signo utilizado indica que la ora-

⁴ Los objetos de los verbos de soporte se comportan como los atributos de los verbos copulativos, en el sentido de que no constituyen argumentos del predicado; antes bien, ellos son los predicados encargados de seleccionar semánticamente su sujeto. Los siguientes contrastes ilustran la naturaleza escasamente predicativa de los verbos de soporte: [*Juan/*el coche*] *hizo una visita*; [**Juan/el coche*] *hizo un extraño*). También la especificación aspectual de los predicados que incluyen verbos de soporte depende más del nombre núcleo del complemento que del verbo. Véase a este respecto Bjerre (1999), quien argumenta a favor de la distinción aspectual entre los predicados de soporte que contienen nombres del tipo de *beso*, *golpe* o *bofetada* (que dan lugar a predicados puntuales como *dar (un beso, una bofetada, un golpe)*) y los que contienen nombres del tipo de *oportunidad*, *fuerzas*, *ánimos* que, combinados con verbos de soporte, dan lugar a eventos incoativos (*dar una oportunidad*), durativos (*dar fuerzas*) o causativos (*dar ánimos*), es decir, desencadenan diferentes especificaciones aspectuales y un comportamiento sintáctico igualmente diferenciado.

⁵ No obstante, tal vez sea preciso matizar esta afirmación; al menos, de acuerdo con MacGinnis (2003), algunas expresiones idiomáticas sí admiten pasivización.

⁶ Caso en que se interpretaría como reflexiva, lo que motivó en la historia del español el surgimiento de la impersonal con *se*, como ya señaló Lapesa (1942) [1981^o: 402].

ción es posible si se interpreta como reflexiva) y la preferencia en estos casos por la pasiva perifrástica.⁷

(2)

- a. La obra se representó ayer.
- b. El libreto se encontró detrás de la cortina.
- b'. # El niño se encontró detrás de la cortina/El niño fue encontrado detrás de la cortina.
- c. Se buscan jóvenes con experiencia como bailarines para una comedia musical.
- c'. # Se buscan jóvenes por los encargados del *casting*.
- d. Generalmente, se tienen más cosas de las que se necesitan.
- e. La vida se vivió con entusiasmo.
- f. Se hicieron muchas visitas.
- g. En aquella reunión, se metió la pata hasta el fondo.

La restricción aspectual de la pasiva perifrástica ilustrada en (1) –la preferencia por verbos de realización y de logro, y por objetos externos que delimiten el evento, esto es, por predicados perfectivos– es bien conocida y admitida de manera bastante general. En De Miguel (2000a) formulé dicha restricción en términos de la EE de los predicados. En ese trabajo defendí, en línea con Pustejovsky (1991, 1995, 2000), la idea de que los eventos denotados por los predicados verbales constan de una estructura interna o subléxica, una estructura (sub)eventiva compuesta de fases que se pueden focalizar. Son varios los procedimientos gramaticales (morfológicos y sintácticos) que se definen por focalizar una determinada fase de la estructura de un evento; desde esta perspectiva, las restricciones aspectuales que manifiestan ciertos procesos tienen que ver con si se puede llevar a cabo o no la focalización de la fase requerida por el proceso en cuestión. Para el caso concreto de la pasiva perifrástica, propuse que es una operación sintáctica léxicamente orientada que consiste en focalizar en la EE del verbo una fase final de logro (L, punto de culminación) seguida de un estado (E, estado resultante que sigue al logro). De acuerdo con esta definición, sólo los verbos que cuenten con ambas fases [L, E] podrán formar pasiva perifrástica, y ello explica por qué de antemano los verbos de estado y de actividad y aquellos cuyo objeto no es externo (de los que no se puede predicar un cambio de estado) quedan fuera de la construcción.⁸

⁷ Restricción que también es preciso matizar, puesto que, como señaló Bosque (1996), sí existen algunos casos de predicados de sujeto humano que entran a formar parte de esta construcción, del tipo de *cuando se nombraron nuevos embajadores*. No me detendré ahora en ello, puesto que el análisis de las restricciones de la pasiva con *se* no es el objeto de este trabajo, pero véase De Miguel (2000a).

⁸ De acuerdo con Pustejovsky (1991, 1995, 2000), existen tres tipos de evento: estados <E [e]>, procesos <P [e'...e"]> y transiciones <T [P, E]>, cuya EE es la recogida entre corchetes angulares. De acuerdo con esta clasificación, los estados son eventos simples, los procesos son sucesiones de eventos homogéneos y las transiciones son eventos complejos, compuestos de fases diferentes, una primera en la que opera un agente y una segunda en la que se produce un cambio de estado. Esta propuesta supone subsumir los logros y las realizaciones de Vendler (1967) en una misma EE: si se materializa sólo la segunda fase, el evento es un logro (*los precios subieron*) y si se materializa también la primera, el evento resultante es una realización (*el gobierno subió los precios*). En Fernández Lagunilla y De Miguel (1999) iniciamos una modificación de la propuesta de Pustejovsky motivada por la necesidad de distinguir entre eventos de logro que pueden ser la segunda fase de una transición (*los precios subieron* < *el gobierno subió los precios*) y eventos de logro independientes (*el niño nació* < ¿?), cuya EE no parece la de las transiciones. La modificación propuesta se ha ido ampliando y matizando a lo largo de sucesivos trabajos recogidos en la bibliografía (cf., entre otros, De Miguel y Fernández Lagunilla, 2000, 2004, en prensa), en los que

En cambio, la pasiva con *se*, puesto que tiene menos requisitos aspectuales, se admite en más contextos: tanto con predicados que incluyen verbos de estado o actividad – como se ilustró en (2c, d) – como con aquellos cuyo objeto no es externo – como se ilustró en (2e, f, g)–. (Cf. De Miguel, 2000a.)

En definitiva, el supuesto básico en que se apoyó el análisis de De Miguel (2000a) era el de que los distintos tipos de pasiva en español (la pasiva perifrástica, la pasiva con *se* y la pasiva con *estar*) se hallan en distribución complementaria: cada una de estas operaciones se encarga de focalizar una determinada fase de la estructura interna o subléxica del evento denotado por el verbo, lo que permite explicar su diferente comportamiento y sus distintas restricciones. Esta propuesta, que pone en relación un proceso sintáctico con la EE de los predicados en el léxico, supone un paso más en el intento de obtener explicaciones más adecuadas de procesos sintácticos relacionados con las propiedades de las palabras, y no sólo con las propiedades léxicas sino, lo que es más novedoso, con la información subléxica, interna a la palabra. Por supuesto, el análisis (según el cual la operación de pasivización enfoca una u otra fase de la EE de los verbos) se apoya fundamentalmente en la hipótesis de que los eventos denotados por los verbos constan de estructura interna o subeventiva, como presupone el modelo teórico de Pustejovsky. Con todo, este análisis de la pasiva en términos de la EE de los verbos deja algunos datos sin explicar y plantea, a la vez, un problema teórico de considerable magnitud, que abordo en la próxima sección.

3. Dificultades teóricas y empíricas del análisis aspectual tradicional y del análisis subeventivo.

En efecto, existe un conjunto de datos que un análisis en los términos del reseñado en §2 deja sin explicar. Pero además de este hecho, que podríamos denominar una insuficiencia empírica, los análisis habituales plantean problemas teóricos de notable relevancia. Comenzaré por mencionar cuáles son los datos que permanecen sin explicar. Son de tipos; por un lado, un análisis que atribuya al aspecto léxico del predicado la posibilidad de formar pasiva tiene que dar cuenta del hecho de que en ocasiones un mismo verbo acepta pasiva o no dependiendo del objeto con el que se construya, como ilustran los datos de (3):

(3)

- a. La exposición de Vermeer fue vista por muchos madrileños.
- a'. ??La cima fue vista por muchos turistas.
- b. La novela fue empezada por el autor antes de conocer a la que sería su musa.
- b'. ??La tarta fue empezada por el niño sin permiso.

se justifica y argumenta con detalle la conveniencia de la nueva distinción, cuyo rendimiento en la explicación de un nutrido grupo de fenómenos sintácticos y morfológicos parece probado, no sólo en español (cf. Horno, 2002), sino también, por ejemplo, en ruso (cf. Batsiukova, 2003) o en japonés (cf. Tokunaga, 2001). No es este el momento de argumentar a favor de una u otra clasificación. Sólo me detengo un par de líneas más para explicitar que la ampliación propuesta por De Miguel y Fernández Lagunilla –reseñada en Moreno Cabrera (2003: 188-191), junto con otras propuestas, algunas clásicas y otras muy recientes– viene legitimada por la propia concepción de los eventos de Pustejovsky; en la medida en que el autor los considera entidades no atómicas sino articuladas, compuestas de fases, queda abierta la posibilidad de combinar las fases de la EE inicialmente establecida para un evento en un orden distinto, e incluso de sumar o restar fases, volviendo la EE más simple o más compleja. La clasificación de De Miguel y Fernández Lagunilla establece los siguientes tipos de evento: estados <E [e]>, procesos tipo 1 <P1 [e¹...e¹]>, transiciones tipo 1 <T1 [P, L [L (E)]]>, logros tipo 1 <L1 [¬E,E]>, logros tipo 2 <L2 [L, E]>, logros tipo 3 <L3 [L, P]>, transiciones tipo 2 <T2 [L3 [L (P)], L2 [L (E)]]> y procesos tipo 2 <P2 [P (L)]>.

La diferencia entre los predicados de (3) no radica en que el objeto lógico del verbo sea interno o externo, puesto que los cuatro objetos de (3) son externos (*la exposición...*, *la cima*, *la novela* y *la tarta*). El distinto comportamiento de los verbos *ver* y *empezar* frente a la pasiva dependiendo del objeto con que se construyen sugiere que este interviene en la determinación del aspecto léxico del predicado. Ello supone un problema en dos sentidos. Por un lado plantea una paradoja, cuando menos terminológica, pero probablemente también de fundamento: la de que se llame léxico a un aspecto que es en realidad sintáctico.⁹ Por otro, parece negar la posibilidad de clasificar aspectualmente los verbos, dado que hasta que no se construyen con sus objetos no se puede establecer el tipo de aspecto que expresan.¹⁰ Y, en tercer lugar, y lo que es más importante, el hecho de que la información contenida en el objeto determine el aspecto léxico del verbo representa un problema de difícil solución tanto para un análisis lexicista (o proyeccionista) como para uno sintactista (construccionista o (neo)construccionista en su versión extrema).¹¹

Un análisis de tipo proyeccionista, que presupone que la sintaxis es proyección de las propiedades léxicas, tiene que explicar por qué el aspecto léxico del verbo no determina la sintaxis en los datos de (3) sino que la relación se da en sentido inverso. En efec-

⁹ La naturaleza composicional del aspecto léxico (esto es, el hecho de que son múltiples los factores que intervienen en la especificación aspectual del predicado) es argumentada y justificada en De Miguel (1999). En De Miguel (2004) y De Miguel y Fernández Lagunilla (2004b) se pasa revista a las implicaciones teóricas de esta afirmación y se aboga, como se hace aquí, por la naturaleza léxica del aspecto composicional, cambio de perspectiva con interesantes consecuencias teóricas y metodológicas.

¹⁰ Hecho que se encuentra en la base de la crítica frecuente a Vendler (1967) en la bibliografía sobre aspecto, en la que se argumenta a menudo que el autor se sirve de predicados (*construir una casa*) para ejemplificar ciertas clases de verbos (*construir* como verbo de realización). Por supuesto, no hay que olvidar que Vendler no estaba clasificando verbos, sino situaciones, como ya se mencionó en la nota 3. Por otra parte, sí es verdad que muchas clasificaciones acostumbran a recurrir a la presencia de argumentos y adjuntos para establecer la especificación aspectual de los verbos.

¹¹ Desde el momento en que la información contenida en el léxico comienza a ser tenida en cuenta por el estudio gramatical (más o menos, a partir de finales de la década de los 60, con mayor o menor intensidad, según los modelos y escuelas), los lingüistas se han planteado en qué medida y en qué sentido interactúan la información del léxico y la configuración sintáctica. Son muchas las posturas, amparadas en diferentes modelos de análisis lingüístico, y desgraciadamente no es este el momento de detenerse a hacer siquiera un breve repaso. De manera muy resumida, recordaré que la pregunta básica sobre la relación entre el léxico y la sintaxis es la de si es la configuración sintáctica la que determina la interpretación en términos de papeles semánticos de los argumentos y la interpretación eventiva o aspectual del predicado o si, por el contrario, el sentido de la relación es el inverso, como proponen los modelos derivacionales o proyeccionistas (entre los que se encuentran las distintas versiones del marco generativo, desde principios de los ochenta). Para los modelos proyeccionistas, la semántica léxica de los predicados determina la estructuración de sus argumentos (el número de argumentos que selecciona el verbo, las posiciones sintácticas en que se proyectan y la función semántica que desempeñan), y de ello deriva su comportamiento sintáctico. Los verbos que comparten esta información, pertenecen a una misma clase y manifiestan un mismo comportamiento sintáctico. Desde esta perspectiva, distintos comportamientos sintácticos implican distintas estructuras léxicas subyacentes. Para los modelos (neo)construccionistas, el que la primitiva interpretación aspectual del evento denotado por un verbo pueda cambiar dependiendo de la configuración sintáctica del predicado en que aparece (por ejemplo, *nadar* es atético pero *nadar los cien metros* es télico; *escribir un poema* télico y *escribir atético*) se explica solo si las relaciones aspectuales y las interpretaciones eventivas se reformulan en términos de relaciones configuracionales que se mantienen en la sintaxis. Para el construccionismo, pues, un verbo puede entrar en estructuras sintácticas distintas, ya que no contiene en su entrada léxica información específica sobre el comportamiento de sus argumentos. El lector encontrará una revisión de las cuestiones que se suscitan y el tipo de respuestas que se suelen dar al respecto en Val Álvaro (1999), Demonte (2003), Hernández Paricio (2004), De Miguel (2004), De Miguel y Fernández Lagunilla (2004) y Pérez Jiménez y Moreno (2004).

to, desde esta perspectiva, la formación de la pasiva depende del aspecto léxico del verbo. Puesto que en (3a) y (3b) se admite y en (3a') y (3b') no, se sigue que los verbos de (3a) y (3b) tienen distintas interpretaciones aspectuales que los de (3a') y (3b'), a pesar de lo cual su proyección en la sintaxis es idéntica: (SV[[V][SN]]).

Por su parte, un análisis de tipo (neo)construccionista, que presupone que la configuración sintáctica determina la interpretación eventiva, tiene que explicar por qué los ejemplos de (3) manifiestan diferente interpretación eventiva (y por ello en un caso se da la pasiva y en otro no) aunque la configuración del sintagma [V + OD externo] es la misma.

En suma, los datos de (3) no son inocentes sino bastante esquivos para las explicaciones habituales. Con todo, los hay aún más conflictivos; los recogidos en (4), por ejemplo:

(4)

- a. La novela fue empezada por el autor antes de conocer a la que sería su musa.
- a'. ?? La novela fue empezada por la página 8.
- b. La tarta fue empezada por el cocinero sin ayuda del pinche.
- b'. ??/##La tarta fue empezada por el niño sin permiso.
- c. El castillo fue visto por miles de visitantes.
- c'. ??El castillo fue visto por Juan desde el coche.

Este segundo tipo de datos plantea en principio mayor confusión y dificultades a los análisis habituales. Puesto que en ellos un mismo verbo, construido con un mismo objeto, varía frente a la pasiva, como ilustran los contrastes entre (4a, b, c) y (4a', b', c'), parece que se hace necesaria una explicación que vaya más allá de la EE del verbo (que en todos los casos es el mismo) y que ha de incluir al menos el objeto en la determinación aspectual del predicado pero no sólo.

En efecto, en principio, no parece complicado proponer que existen tipos de evento diferentes dependiendo del objeto sobre el que operan. Al menos para el contraste entre (3a) y (3a') parece bastante fácil argumentar en términos de duración del evento y de agentividad o voluntariedad del mismo que *ver una exposición* es un evento distinto a *ver la cima*, cosa que ya se ha dicho.¹² Los eventos descritos por los predicados *ver [la cima, la costa]* son logros que culminan en un punto (el punto en que tiene lugar la percepción visual) y carecen de un estado resultante subsiguiente, aunque pueden ir seguidos de un proceso¹³: les corresponde, en los términos de la clasificación propuesta en De Miguel y Fernández Lagunilla (2000, 2004), la EE de un logro complejo tipo <L3 [L, P]>. En cambio, los eventos denotados por *ver [una exposición, la película]* son eventos con duración y un estado final: realizaciones en términos de Vendler; en términos de nuestra clasificación de eventos, les corresponde la EE de las transiciones tipo <T1 [P, L [L, E]]>.

La hipótesis defendida en De Miguel (2000a), según la cual la pasiva es una operación aspectualmente orientada que consiste en la focalización de la fase [L, E] de la EE del verbo con que se forma, explica por qué los predicados del tipo *ver la exposición*

¹² Por ejemplo, en De Miguel (1999) ya se recogía la diferencia aspectual implicada por el hecho de que el evento de percepción tenga lugar sobre uno u otro tipo de objeto.

¹³ Como ya señaló Bello (1847). Véase a este respecto De Miguel (1999). También Horno (2002) sigue a De Miguel (1999) en la consideración de *ver* como evento complejo —compuesto de dos fases internas: un logro ingresivo que da cuenta de la experiencia de percibir instantáneamente con el sentido de la vista y una segunda fase, en la que la experiencia puede seguirse dando—. La autora proporciona una explicación de la polisemia de *ver*, en línea con Pustejovsky, según la cual este verbo puede denotar un evento de experiencia (percepción pura, no agentiva) o una actividad volitiva por parte de un agente, diferencias interpretativas con consecuencias sintácticas.

aceptan formar pasiva (3a) y por qué los del tipo de *ver la cima* no (3a'), dado que estos últimos no cuentan con una fase [L, E] en su EE y los otros sí.

Así pues, la idea de que el argumento interviene en la especificación aspectual del predicado permite explicar el comportamiento de los datos de (3) frente a la pasiva, con una explicación que deriva de forma sencilla y no *ad hoc* de hipótesis más generales. Ahora bien, esta feliz solución desde una perspectiva empírica no resulta fácil de articular en una teoría general de la aspectualidad. Antes bien, el problema teórico persiste: si se da por sentado que el aspecto es composicional (es decir, que se compone en la sintaxis, cuando el verbo se construye con un determinado objeto) se hace difícil sostener que el aspecto léxico o *Aktionsart* es efectivamente léxico, y no sintáctico, y se vuelve relativamente inútil el trabajo sobre clases aspectuales de verbos: desde esta perspectiva, no hay clases de verbos, sino clases de predicados, y no se construyen en el léxico sino en la sintaxis. Retomando el ejemplo de *ver* en (3a) y (3a'), parece que no se puede afirmar a qué clase aspectual pertenece hasta que no se sepa qué se ve. Podría proponerse que existen varios verbos *ver* homónimos, con distintas entradas en el léxico. Pero esa posibilidad implica un enriquecimiento probablemente excesivo del léxico y complica sin duda la explicación de cómo está organizado y cómo se adquiere. Por otra parte, no estamos ante un fenómeno idiosincrásico o escasamente productivo. Antes bien, se trata de un comportamiento bastante regular en los verbos, que con frecuencia ven alterada en el contexto la que constituiría su primitiva especificación aspectual; ello parece implicar que la sintaxis puede modificar las distinciones léxicas.¹⁴ Los ejemplos de (5) así lo ilustran:

(5)

- a. Juan llega hasta la muralla. {en este momento/*/# aún}
- b. La carretera llega hasta la muralla. {aún/*/#en este momento}¹⁵
- c. El tren (*aún) sale de la estación.
- d. El agua (aún) sale del grifo.

¹⁴ En De Miguel y Fernández Lagunilla (2004) se pasa revista a un conjunto de datos que muestran cómo en efecto distintas interpretaciones aspectuales de un mismo verbo pueden estar ligadas a distintas configuraciones sintácticas, pero también casos en que las distintas interpretaciones aspectuales están ligadas a idénticas configuraciones sintácticas: casos en que un mismo predicado (con no sólo el mismo verbo sino también con los mismos argumentos y adjuntos) se puede interpretar aspectualmente de distinta manera, como veremos en seguida en el texto. En ese trabajo se examinan casos como *el niño llega hasta el botón del ascensor*, oración que se puede interpretar como un predicado dinámico de logro, que ocurre en cierto punto en el tiempo ('en este momento, el niño llega...') o como un predicado estático, que describe la altura del niño (parafraseable *grosso modo* por 'hay niño hasta esa altura'). También en Val Álvaro (2003: 8) se menciona la dificultad que plantean datos del tipo de *el agua llegó a las casas*, configuración que se corresponde con la de las construcciones transitivas y con las estructuras eventivas de realización, cuando no es ninguna de las dos cosas.

En consecuencia, para explicar estos datos los análisis habituales se ven abocados a duplicar y aun triplicar las entradas de los verbos en el léxico, lo que complica no sólo la explicación del lingüista sobre cómo está organizado este sino, lo que es más importante, el proceso de adquisición por parte del niño (Cf. Pustejovsky y Boguraev, 1993 y Pustejovsky y Bouillon, 1996).

¹⁵ El signo que precede a (5a), en alternancia con el asterisco, indica que existe una interpretación en la que el ejemplo resulta aceptable, aunque no es la que aquí nos interesa: es aquella en que se entiende el evento de *llegar aún* como habitual, con una lectura repetida próxima a 'sigue llegando uno y otro día hasta la muralla'; un adjunto del tipo *mientras no la derrumben y deje de servirle como meta* favorecería esa interpretación que para algunos informantes es muy evidente. También algunos hablantes pueden interpretar (5b) con el sentido incoativo de «pasó a haber»; de ahí el signo que precede al ejemplo en alternancia asimismo con el asterisco que indica su inaceptabilidad en el sentido de (5a).

- e. Pablo escribió esa novela. > Esa novela fue escrita por Pablo.
- f. Pablo escribió poesías desde pequeño. > *Poesías fueron escritas por Pablo desde pequeño.

En (5a), por ejemplo, *llegar* constituye un verbo de logro que se comporta en (5b) como un verbo de estado. De ahí la diferente distribución de los modificadores adverbiales *aún* y *en este momento*. En (5c), *salir* es un verbo de logro que se comporta como uno de proceso (actividad, en términos de Vendler) en (5d), con un cambio en el comportamiento sintáctico ejemplificado de nuevo con *aún*; y en (5e) aparece un verbo de transición (realización, en términos de Vendler) que se recategoriza como uno de proceso en (5f), con el consiguiente cambio en la aceptabilidad de la pasiva perifrástica. Los datos de (3–5) indican que un análisis riguroso de la formación de pasivas no puede detenerse en establecer qué especificación aspectual la favorece sino que ha de explicar además, e incluso antes, por qué los argumentos del verbo (sujeto y complementos) cambian la primitiva especificación aspectual del verbo. El análisis que aquí defiendo intenta dar respuesta a este problema de índole teórica planteado por los contrastes de (3) y al todavía más relevante problema reflejado en (4), donde predicados que comparten el verbo y los argumentos muestran en cambio diferencias en su aceptabilidad de la pasiva. Se hace precisa una definición de pasiva que tome en cuenta otro tipo de informaciones contenidas en el léxico aparte de las codificadas en la EE y una teoría que permita que los argumentos influyan en la determinación aspectual de un predicado antes de que este llegue a la sintaxis. Me ocupo de ello en la próxima sección.

4. El análisis de la pasiva como resultado de la interacción entre informaciones eventivas y otras informaciones subléxicas de las palabras.

A lo largo de esta sección intentaré presentar y defender un análisis de la pasiva en términos no sólo de lo que Pustejovsky ha llamado la EE sino muy en especial en términos de lo que el mismo autor ha denominado la EQ. Asimismo, voy a defender también una propuesta sobre la naturaleza composicional del aspecto que será una hipótesis fuerte pero espero que explicativa de la ‘paradoja terminológica’ consistente en llamar aspecto léxico a una información que parece construirse en la sintaxis.

El trabajo se inscribe dentro del modelo teórico de Pustejovsky (1991, 1995, 2000) que se conoce con el nombre de Lexicón Generativo, cuyos principios y supuestos básicos se recogen en el siguiente epígrafe.

4.1. La Teoría del Lexicón Generativo (Pustejovsky, 1991, 1995, 2000).

La Teoría del Lexicón Generativo recibe este nombre porque es concebida por su autor como un modelo que atribuye capacidad generativa al léxico. Es decir, para Pustejovsky el léxico no constituye un componente estático –en el que aparecen enumerados los signos lingüísticos con lo que podríamos llamar su definición de diccionario–, sino que es un nivel organizado de acuerdo con una teoría rica y recursiva de descomposición del significado, que acoge gran parte de la potencialidad significativa y creativa del lenguaje.

Esa manera de concebir el léxico le va a permitir a Pustejovsky dar cuenta de algunos problemas básicos del estudio léxico-sintáctico (relaciones entre estructura de eventos y estructura sintáctica, tipos básicos de predicados y alternancias de estos) y, muy especialmente, de ciertos aspectos del lenguaje natural hasta ahora no explicados o insuficientemente explicados por la semántica compositiva, en especial el problema de la polisemia de las uni-

dades léxicas: cómo es que somos capaces de atribuir un número potencialmente infinito de sentidos a las palabras en contexto, con un número limitado de recursos. Es decir, cómo se explica, sin relegar la explicación al terreno del saber enciclopédico o el conocimiento del mundo, que la palabra *excelente* predicada de *un cuchillo* o de *un profesor* signifique ‘que hace muy bien su función’ (cf. (6a)), pero predicado de *una persona* o de *una cabellera* signifique ‘que tiene muy buenas cualidades’ (cf. (6b)). (Véase a este respecto Bosque, 1997.)

(6)

- a. Un {profesor/cuchillo} excelente.
- b. Una {persona/cabellera} excelente.

Uno de los conceptos básicos del modelo de Pustejovsky es el de la ‘infraespecificación’, que se puede definir informalmente como en (7):

(7) **Infraespecificación** (*underspecification*): Falta de especificación de los signos lingüísticos que los capacita para intervenir en diferentes estructuras sintácticas y, en consecuencia, en distintas operaciones de composición semántica. (Cf. Pustejovsky, 1995)

Según Pustejovsky, el nivel léxico contiene entradas léxicas infraespecificadas que subsumen los posibles sentidos que una palabra puede adquirir en el contexto. De este modo se hace innecesario enumerar los múltiples sentidos de una misma palabra y se da cuenta de la relación sistemática que existe entre estos. Así, la entrada léxica de una palabra como *novela* contendrá información potencial que la capacita para significar una cosa en (8a) y desencadenar en cambio dos interpretaciones en (8b) y (8c):

(8)

- a. He comprado la novela.
- b. He empezado la novela [=‘he empezado a {leerla/escribirla}’]
- c. He acabado la novela [=‘he acabado de {leerla/escribirla}’]

Esa información potencial sobre las características que definen una unidad léxica –del tipo de ‘es un objeto preexistente que puede cambiar de propietario’ en (8a); ‘es un objeto que se crea a través de una actividad, como la de escribir’, en (8b, c); o ‘es un objeto preexistente destinado normalmente a ser leído’, en (8b, c)–, información que permite predecir su comportamiento sintáctico, está contenida en cuatro elementos del significado que el autor denomina roles o *qualia*, y que son el constitutivo, el formal, el télico y el agentivo. La representación estructurada de esos cuatro aspectos esenciales del significado de una palabra (lo que Pustejovsky denomina la *Estructura de Qualia*) proporciona la fuerza relacional de una pieza léxica: determina no sólo el significado de ciertas combinaciones, sino también la posibilidad de que ciertas combinaciones se den o no. En (9) se recogen los cuatro tipos de *quale* propuestos por Pustejovsky:

(9)

- a. *Quale constitutivo*, que codifica la relación entre un objeto y sus partes constituyentes, así como la relación entre una entidad y aquella entidad compleja de la que es parte (es decir, información sobre el material, peso, partes y elementos componentes)

b. *Quale formal*, que codifica aquello que distingue el objeto dentro de un dominio más extenso (es decir, información sobre la orientación, magnitud, forma, dimensionalidad, color y posición).

c. *Quale télico*, que codifica el propósito y función del objeto (es decir, información sobre el propósito que un agente tiene al realizar un acto o producir un objeto, o el propósito específico de ciertas actividades, su función inherente).

d. *Quale agentivo*, que codifica factores implicados en el origen o producción de un objeto (es decir información sobre el creador, el artefacto, la clase natural o la cadena causal que ha desencadenado su existencia)

Pustejovsky ilustra cómo se codifican estas cuatro informaciones en el caso de la palabra *novela* atribuyéndole la selección de *qualia* recogida en (10):

(10)

- | | |
|-----------------------------------|---|
| a. quale constitutivo – narrativa | c. quale télico – leer (e1, y, x) |
| b. quale formal – libro (x) | d. quale agentivo – escribir (e2, z, x) |

La hipótesis de que la entrada léxica de las palabras contiene estos «aspectos esenciales de su significado» –que informan sobre propiedades particulares de los nombres (y los SSNN que los contienen) y sobre actividades a ellos asociadas– permite resolver ciertos fenómenos relacionados con la polisemia de las palabras que, de no contar con procesos de selección de *qualia*, exigirían incluir en el léxico diversas entradas para un mismo vocablo. En estos términos, la polisemia de *excelente* en (6) adquiere una explicación sencilla y económica: en (6a) materializa el *quale* télico del nombre (aquello para lo que está destinado) y en (6b) el constitutivo (la información sobre su constitución interna). Así se explican también ciertos casos de ambigüedad que se atribuían normalmente a inferencias culturales, procedentes del conocimiento del mundo, como la que se da en (8b–c).

La adecuada selección (determinada por el contexto) de la información codificada bien en el rol télico bien en el agentivo capacita a oraciones como las de (8b–c) para recibir una u otra de las paráfrasis alternativas recogidas entre corchetes. Es decir, a través de los *qualia* el verbo adquiere la información requerida para contextualizar el sentido de *empezar*, lo que indica que se trata de una información léxica que penetra en la sintaxis. Y de forma regular y productiva, como ilustra el que si en un predicado como los de (8b, c) aparece el llamado *se* (*me*, *te*, ...) culminativo, la única interpretación posible es la desencadenada por la selección del *quale* télico, según se ve en (11):

(11)

- a. Me he [empezado/acabado] la novela.
- b. Me dejé la novela a la mitad.

En efecto, (11a) implica necesariamente ‘a leer/de leer’, no ‘a/de escribir’. Según De Miguel y Fernández Lagunilla (2000), el *me* (*te*, *se*...) de (11) es un operador aspectual que indica que el evento ha culminado y ha dado paso a un estado nuevo. Pues bien, esta caracterización del llamado *clítico culminativo* exige que el evento se predique de un objeto preexistente (que pueda cambiar de estado), por lo que resulta incompatible con

el *quale* agentivo. El *quale* agentivo, en la medida en que codifica información sobre cómo llega a existir un objeto, no implica su existencia previa. El *quale* télico, que codifica para qué sirve o se usa un objeto, sí presupone la existencia del objeto del que se predica el cambio de estado. Y así es: lo mismo ocurre en (11b), que implica ‘abandoné su lectura’, no ‘su escritura’.

En suma, la Teoría del Lexicón Generativo de Pustejovsky intenta describir cómo se generan los diversos sentidos de las palabras en lugar de limitarse a enumerarlos y propone entradas léxicas infraespecificadas capaces de tomar, dependiendo del contexto oracional, uno de entre una multiplicidad de sentidos interrelacionados. Este modelo proporciona instrumentos muy interesantes para explicar una serie de relaciones semánticas regulares y productivas que se dan en todas las lenguas y que permiten comprender de forma adecuada enunciados que contienen palabras con significados en principio no literales.¹⁶ Me refiero a las extensiones de significado que la bibliografía habitual ha consagrado con los nombres de metonimia y metáfora, hipernominia e hiponimia, polisemia y meronimia, entre otras.¹⁷ Las expresiones a que dan lugar no plantean dificultades para su decodificación a los hablantes nativos; por tanto, un modelo explicativo de la organización del léxico y de las operaciones que tiene lugar en él ha de proponer mecanismos que expliquen cómo pueden las palabras ampliar su significado y cómo pueden los hablantes entender los nuevos significados. En concreto, Pustejovsky establece un conjunto de principios que controlan las condiciones de buena formación de los sintagmas y las oraciones y captan la relación semántica entre las unidades que los componen. Entre esos principios se encuentran el de combinación y selección de tipos o Ligamiento Selectivo, el de Coerción o Coacción de Tipos¹⁸ y el de Composición, operaciones que pueden variar el tipo asociado a las entradas léxicas según el contexto. He incluido en (12) una breve definición de cada uno de estos principios.

(12)

a. **Coacción de Tipos** (*Type Coercion*): mecanismo que se produce cuando una pieza léxica o un sintagma es coaccionado por un núcleo rector en el sintagma para recibir una determinada interpretación semántica, sin cambiar su tipo sintáctico. Ejemplo: cuando un verbo del tipo de *empezar* (núcleo rector), que selecciona semánticamente un evento en la posición de objeto, se construye con un complemento como *novela*. Dado que *novela* es de tipo objeto, *empezar* fuerza un cambio de tipo semántico en *novela*, de objeto a evento, con lo que se obtienen interpretaciones como las de (8b–c), posibles gracias a que el *quale* télico de *novela* es el predicado *leer* y el *quale* agentivo es *escribir*.

b. **Ligamiento Selectivo** (*Selective Binding*): mecanismo que se produce cuando una pieza léxica o un sintagma opera específicamente sobre una subestructura de una representación, sin cambiar el tipo general de la composición. Ejemplo: en casos como *subir* permite que se opere sobre una subestructura, con la consecuencia de que se pueden obtener dos interpretaciones, la causativa (*el gobierno subió los precios*) y la inacusativa (*los precios subieron*).

¹⁶ Con independencia de su acierto o no a la hora de explicar cómo está organizado el léxico, cuestión que es objeto de polémica (cf., por ejemplo Fodor y Lepore, 1998).

¹⁷ A propósito de la meronimia desde una perspectiva que aúna el modelo cognitivo y la Teoría del Lexicón Generativo, véase Climent Roca (2000). También en De Miguel (2003) se aborda la meronimia con un análisis inscrito en el modelo de Pustejovsky.

¹⁸ También denominado *Modificación del Tipo Denotado*, de acuerdo con la propuesta de Bosque (1997).

c. **Cocomposición** (*Co-composition*): mecanismo que se produce cuando múltiples elementos dentro de un sintagma se comportan como funtores (no sólo uno de ellos, como el verbo, que es lo habitual), y generan con su actuación conjunta nuevos sentidos no lexicalizados para las palabras que intervienen en la cocomposición. Ejemplo: un predicado como *hacer en el horno* (que significa ‘manera de cocinar’: [*hacer en el horno/hacer a la plancha/hervir/freír*] un pescado’ e implica un cambio de estado en el objeto) adquiere el significado de ‘crear’ cuando se combina con *el bizcocho*, *el soufflé* (entidades que no preexisten, como *el pescado*, sino que se crean a través del horno), gracias al mecanismo de cocomposición entre *hacer en el horno* y *bizcocho*, *soufflé*; este mecanismo se desencadena a causa de la identidad de valores en uno de los roles de la EQ de ambos participantes en la composición (el agentivo, en ambos casos).

La aplicación de estas reglas o principios de buena formación semántica está condicionada por el contexto sintáctico-semántico en que aparece la pieza léxica y por eso Pustejovsky defiende que es imposible separar el significado de la estructura sintáctica que lo contiene, como acabamos de ver que ocurre con las especificaciones aspectuales.¹⁹ De acuerdo con este modelo, la entrada léxica de un verbo contendrá información tanto sobre la estructura argumental y la estructura eventiva como sobre su Estructura de *Qualia*.²⁰ También la entrada léxica de los nombres núcleos de los SSNN argumento del verbo contiene en su EQ información referente a los cuatro roles recogidos en (9). La interacción entre la información contenida en la EE y la EQ, materializada a través de los mecanismos de cocomposición, y en su caso, de coacción, legitima ciertas combinaciones y ciertas extensiones de significado y ayuda a entender ciertos procesos sintácticos que no parecen recibir explicación si se atiende sólo a la clase de eventos que en ellos participan. En seguida vamos a ver si permiten explicar el extraño comportamiento de la formación de pasivas en español.

Antes de examinar en qué medida la información contenida en la EQ determina el proceso de formación de pasivas, conviene explicitar que si la EQ de los argumentos puede influir en la especificación del tipo de evento es porque la concepción de los eventos de Pustejovsky se distingue por atribuirles una estructura interna, geométrica; desde esta perspectiva, los eventos no se consideran entidades atómicas, compactas, sino unidades articuladas, que pueden estar compuestas de subeventos. La presencia de un determinado adjunto o las características subléxicas de los argumentos pueden influir sumando o restando fases a la estructura eventiva, que se vuelve así más simple o más compleja. Con ello se persigue minimizar la postulación de entradas diferentes en el léxico para dar cuenta de significados distintos pero relacionados de una misma palabra pero se explica además que el contexto varíe la definición aspectual del verbo: no es que la sintaxis determine el léxico; es que dentro del propio léxico están recogidas las potencialidades de materialización del verbo en virtud de la cocomposición con sus argumentos.

¹⁹ En este sentido, la propuesta de Pustejovsky integra supuestos del proyeccionismo y del construccionismo.

²⁰ Pustejovsky propone un cuarto nivel de representación integrado en las entradas de las palabras en el léxico, la llamada Estructura de Herencia Léxica; dado que la información que codifica no es objeto de interés en este trabajo, renuncio a hacer una presentación, ni siquiera breve, de su contenido. El lector encontrará información al respecto en los distintos trabajos de Pustejovsky citados en la bibliografía.

4.2. El análisis de la pasiva como resultado de la interacción entre la información de la EE y la información de la EQ

En línea con el modelo recogido en §4.1., en este trabajo voy a presuponer que la información aspectual (hipotéticamente contenida en la EE de los predicados) y la información aportada por los argumentos del predicado (hipotéticamente codificada en la EQ) experimentan un proceso de cocomposición (en términos de Pustejovsky). Ello supone que los verbos en el léxico cuentan con una definición infraespecificada y que sólo cuando se contextualizan (cuando se cocomponen con sus argumentos) se pueden clasificar como pertenecientes a una u otra categoría aspectual.

Me estoy refiriendo a la posibilidad de que cuando se afirma que el verbo tiene un significado –por ejemplo *escribir* (*poesías*), no delimitado– se esté aludiendo sólo a uno de sus significados potenciales –dado que *escribir una novela* es delimitado–. Es decir, estoy planteando la posibilidad de que el verbo tenga lo que Pustejovsky llama una definición infraespecificada en la que potencialmente quepan otras informaciones que sólo en determinadas condiciones contextuales se realizarán explícitamente, dando lugar a las otras interpretaciones. Si esto es así, todo el aspecto léxico-sintáctico está ya potencialmente contenido en la definición de la palabra en el léxico; los elementos que en apariencia contribuyen a alterar un primitivo valor aspectual en realidad se limitan a explicitar los valores infraespecificados, ya previstos.

Veamos cómo se explica desde esta perspectiva el contraste entre (5a), donde aparece *llegar* como verbo de logro <L1 [¬E, E]>, y (5b), con *llegar* como verbo de estado <E [e]>. El análisis presupone que un sujeto del tipo *la carretera* puesto que carece de dinamismo, no puede describir el cambio de locación previsto en la EE del verbo. Por tanto, no puede ser el argumento de un verbo de movimiento y coacciona al verbo, que pierde una fase, la de ¬E. En cambio, *la carretera* es un argumento que codifica en su EQ información relativa a la extensión. Por tanto, sí puede extenderse a lo largo de la fase de E. Para ello se combina con el adjunto *hasta la muralla*, elemento que no aparece ni se necesita en (5a) pero que aquí es preciso porque marca el límite espacial de la extensión, ya que ahora el evento se entiende de forma estática. En fin, *la carretera* desencadena una de las especificaciones potenciales de *llegar* (como verbo de estado) diferente de la que desencadena *Juan*, lo que supone aceptar que *llegar* tiene una definición infraespecificada que se materializa en uno u otro de sus sentidos potenciales en combinación con otros elementos que intervienen en la predicación, lo que determina que lo que sale a la sintaxis tenga uno u otro comportamiento sintáctico y una u otra interpretación.²¹

En definitiva, la hipótesis que subyace a mi análisis de la pasiva da por supuesto que lo que suele llamarse la naturaleza composicional del aspecto léxico es una propiedad que se manifiesta en la sintaxis pero que se constituye en realidad en el léxico. Y, en ese sentido, muchas de las restricciones aspectuales que presenta la formación de pasivas en español no son sino la manifestación sintáctica de un proceso de cocomposición léxica que determina la clasificación eventiva de los predicados y su comportamiento frente a los fenómenos sintácticos.

Retomemos ahora los datos de (3), que suscitaban la duda de por qué pasiviza mejor *empezar la novela* que *empezar la tarta* o *ver [la película, la exposición]* que *ver [la cima, la costa]* (En (13a–b) se repiten los datos de (3a–a') con nueva numeración.). De

²¹ Para más detalles sobre este tipo de coacciones sobre la EE de los predicados, cf. De Miguel (2004) y De Miguel y Fernández Lagunilla (2004).

hecho, estos predicados se distinguen no sólo respecto de la pasiva sino también respecto de la construcción de participio absoluto y del llamado clítico culminativo, como se ilustra en (13):

(13)

- a. La exposición de Vermeer fue vista por muchos madrileños.
- b. ??La cima fue vista por muchos turistas.
- c. Vista la exposición por casi todos los madrileños, se decidió trasladarla a Sevilla
- d. ??Vista la cima por casi todos los excursionistas, nos dirigimos hacia la laguna.
- e. Juan se ha visto tres veces la exposición de Vermeer.
- f. Juan (*se) vio la cima y se dirigió a ella.

Como se recordará, los datos de (13) contienen aparentemente un mismo tipo de predicado por lo que no se explica por qué manifiestan un comportamiento dispar frente a fenómenos que parecen aspectualmente orientados. El análisis aquí propuesto defiende que la razón por la cual el verbo *ver* con un complemento del tipo de *la exposición* (en 13a, c, e) acepta pasiva, construcción de participio absoluto y clítico culminativo estriba en que se produce una adecuada cocomposición del *quale* constitutivo del nombre (que codifica una información relativa a la estructura interna del objeto) y el verbo, que convierte este en un evento de transición (T), con duración y un estado final. El evento de *ver la exposición* consta de una fase de proceso (P) a lo largo de la cual se ‘va viendo’ el objeto y una fase final que culmina en un punto (L) que da lugar a un estado nuevo, en el que el objeto ‘está visto’ (E): en efecto, una vez que se ve la exposición, no se sigue viendo; como mucho, se puede volver a ver. *Ver* en este caso constituye, en términos de Vendler (1967) un evento de realización. En los términos de De Miguel y Fernández Lagunilla (2000, 2004) su EE es la siguiente: <T1 [P, L [L, E]]>. Tanto la pasiva perifrástica como la construcción de participio absoluto y el clítico culminativo coinciden en ser procesos focalizadores de una fase [L, E] en la EE de un verbo. Por tanto, los tres son compatibles con *ver la exposición*.²²

En cambio, en los ejemplos de (13b, d, f) *ver* no es compatible ni con la pasiva perifrástica, ni con la construcción de participio absoluto ni con el clítico culminativo. La razón de esta incompatibilidad tiene que ver con la información contenida en la EQ de *la cima*. Desde una perspectiva aspectual, el evento de *ver* en este caso consta también de un punto de culminación (L) pero no de la fase de [L, E] que estos procesos requieren. La composición del *quale* constitutivo del nombre (que no hace alusión a su estructura interna) convierte el verbo *ver* en un evento que culmina en un punto (en el que se produce la percepción visual) y puede ir seguido de un proceso: una vez que se ve la costa puede seguirse viendo.²³ Su estructura interna sería la de un logro seguido de un proceso, esto es, la de un Logro tipo 3: <L3 [L, P]>.

²² Agradezco a Toshihiro Takagaki los datos que me proporciona sobre pasivas perifrásticas con *ver* en español, procedentes del corpus de Miyamoto (en elaboración). Todos ellos corresponden a casos de *ver* con el tipo de objeto que implica una secuencia o una dimensión interna: los sujetos de las pasivas recogidas por el lingüista japonés son siempre del tipo *película* o *programa*, o sujetos que denotan individuos (del tipo *Juan fue visto saliendo [de tu casa/en la fiesta]*). Como el propio Takagaki me señala, en este caso no se ve al individuo como una entidad con una configuración externa, sino que lo que se percibe es un evento, en el que el individuo se desenvuelve.

²³ Como ya señaló Bello (1847). Véase *supra* nota 13.

Al adjudicar un distinto comportamiento a *ver* según lo que se ve, asumo que el tipo de objeto, en efecto, influye en el tipo de evento.²⁴ Esto es, doy por sentado que *exposición* tiene en su EQ una información relativa a la existencia de estructura interna de la que carece *cima* y que esa es la razón por la cual el evento en un caso implica una duración y un estado final y en el otro ocurre en un punto aunque puede continuar. En efecto, *exposición* es un nombre eventivo cuya única posibilidad de ser visto es la de ‘ser recorrido en su extensión’, en tanto que *cima* no contiene en su EQ información sobre su estructura interna y, por tanto, sólo se percibe como una entidad atómica, en su configuración externa, no en su dimensión interna.

Una entrada inespecificada del verbo *ver* en el léxico permite que se le añadan fases por la izquierda (un proceso, si hay un agente que hace algo antes de que el evento alcance el punto final) o a la derecha (un proceso, si el objeto permite seguir siendo visto). De este modo, el aspecto se compone en el léxico y sale ya especificado en uno u otro sentido, lo que permite salvar el problema teórico tantas veces enunciado ya en este trabajo de por qué se denomina aspecto léxico de un predicado a una noción que parece construirse en la sintaxis, una vez que se decide cuál es el objeto.

Queda no obstante por solucionar el problema planteado por los datos de (4), donde el objeto que se ve es el mismo (por ej., *el castillo* en (4c-c’)) y, en cambio, la interpretación aspectual, no, ni tampoco el consiguiente comportamiento sintáctico. Como acabo de argumentar, los objetos del verbo *ver* pueden implicar distintas maneras de darse el evento denotado por el verbo. Pues bien, mi análisis presupone que existen objetos que prevén en su EQ distintas posibilidades de participar en el evento denotado por un mismo verbo y, en consecuencia, de contribuir a la interpretación aspectual del predicado; es precisamente el caso de *el castillo*, que puede constituir un objeto cuya percepción visual ocurre en un instante, aunque puede continuar, o un objeto cuya contemplación implica duración y un estado final; ambas posibilidades están recogidas en su EQ.

Como ya mencioné, la entrada de una palabra contiene informaciones subléxicas (internas a la palabra) diferentes en cada uno de los cuatro roles presentados en (9). Propongo en concreto que el *quale* constitutivo de *castillo* (rol que hace alusión a la estructura interna del referente de la palabra) puede contener información sobre el hecho de que está dotado de una configuración que le permite ser recorrido internamente con la vista. Ahora bien, no todos los objetos que se pueden percibir visualmente se pueden recorrer internamente. Por ejemplo, un *árbol* o una *cima* sólo pueden ser recorridos externamente con la mirada. Mi análisis defiende que en el *quale* formal de *castillo* (el rol donde se codifica la información específica respecto de la forma, dimensión, orientación del objeto referido) se incluye información sobre el hecho de que también se puede percibir externamente como una entidad atómica con cierta configuración externa. Cuando esta información de la EQ se cocompone con la EE del verbo, el resultado es un evento de logro con una fase de L y otra de P: L es el punto en que la retina recibe la primera impresión visual y P es la fase en que se puede seguir dando la percepción del objeto en su configuración externa. Esta especificación aspectual excluye la posibilidad de que el verbo entre en construcciones

²⁴ También influye, por supuesto, la ausencia de objeto: cuando no se ve nada porque no existe objeto ninguno que se pueda percibir, el verbo se comporta como un verbo de estado, dado que no se produce la percepción visual en un punto (L) y equivale a una propiedad (‘ser invidente’). Asimismo, si lo que se ve es el futuro, tampoco se produce percepción visual en un punto. El futuro, no se ve, se adivina, a través de un evento de proceso (cognitivo): estamos ante otra extensión metafórica del polisémico verbo *ver*.

pasivas perifrásticas, de participio absoluto o con clítico culminativo, como se ilustra en (14a, c, e). En cambio, en el primero de los casos, cuando el *quale* constitutivo aporta información sobre la existencia de configuración interna, el objeto exige del evento una duración (una fase de proceso, P) e implica la posibilidad de un punto final (L) seguido de un estado resultante (E): el verbo entonces denota una transición, con una fase [L, E] en su EE y puede entrar a formar parte no sólo de pasivas perifrásticas sino también de construcciones de participio absoluto y de estructuras con clítico culminativo, como ilustran los ejemplos de (14b, d, f):

(14)

- a. *El castillo fue visto por Juan desde el coche.
- b. El castillo fue visto por miles de visitantes.
- c. *Visto el castillo, me dirigí a él.
- d. Visto el castillo, pasamos a las mazmorras, que están en un edificio anejo.
- e. (*Me) vi el castillo y me dirigí hacia él.
- f. Me vi el castillo en un par de horas.

Los datos de (13) y (14) confirman que en efecto el objeto influye en la especificación aspectual de un predicado, hasta el punto de que no parece que se pueda atribuir una EE a un predicado hasta que el verbo no se cocompone con su objeto. Este comportamiento parecería avalar la naturaleza composicional del aspecto léxico y requiere algún tipo de explicación adicional por parte de los análisis tanto proyeccionistas como construccinistas. La propuesta de análisis aquí defendida afirma en cambio que los verbos en el léxico presentan entradas infraespecificadas, potencialmente capacitadas para especificarse en contexto, en adecuada cocomposición con la información contenida en la EQ de los argumentos (y aún de los adjuntos). Desde esta perspectiva, las informaciones potenciales se materializan en uno u otro sentido cuando se contextualiza, en efecto; esto es, en la especificación aspectual del predicado influye y de forma fundamental, aparte del hecho bien conocido y argumentado de la presencia o ausencia del OD, y de la determinación o indeterminación de este, la información que el OD contiene en su EQ. Y el que el verbo finalmente se materialice como uno u otro tipo de evento deriva del hecho de que las distintas materializaciones están ya previstas en su definición infraespecificada. De hecho, no cualquier cocomposición es posible, ni tampoco cualquier coacción. Si volvemos un momento a los ejemplos de (5), veremos que *llegar* puede ser coaccionado para dejar de expresar movimiento y expresar un estado pero es difícil que pase a interpretarse como proceso, puesto que no contiene esa fase en su EE infraespecificada. En cambio, *salir* (al que en De Miguel y Fernández Lagunilla, 2000, 2004, hemos atribuido una estructura de transición tipo 2 <T2 [L3 [L, P]], [L2 [L, E]]>)), sí contiene una fase de proceso, lo que permite que cuando se construye con *el agua* admita la combinación con *aún*, excluida con *el tren* (cf. 5c–d).

En definitiva, hemos propuesto un análisis que hace derivar la formación de la pasiva perifrástica, proceso aspectualmente orientado, de la adecuada cocomposición entre la información contenida en la EQ del objeto y el verbo, que proyecta una u otra EE de su definición infraespecificada como resultado de esa interacción. Los ejemplos de (4a–b) que también mostraban un comportamiento dispar frente a la pasiva y quedaron sin explicar reciben ahora una explicación sencilla en los términos del análisis arriba reseñado. Se repiten en (15) con nueva numeración:

(15)

- a. La novela fue empezada por su autor antes de conocer a la que sería su musa.
- a'. ?? La novela fue empezada por la página 8.
- b. La tarta fue empezada por el cocinero sin ayuda del pinche.
- b'. ?? La tarta fue empezada por el niño sin permiso.

En (15) estamos de nuevo ante dos predicados configuracionalmente idénticos, formados sobre el mismo verbo (*empezar*), pero con diferencias interpretativas y consecuencias sintácticas dependiendo de cuál sea, en cada caso, el argumento sujeto (*el cocinero* o *el niño*). De manera muy resumida, y siguiendo el análisis defendido en los epígrafes precedentes, propongo que *empezar* está incluido en el léxico con una definición infraespecificada, que le permite combinarse con eventos, y con objetos que puedan ser coaccionados para interpretarse como eventos. Como se ilustró más arriba en (8b–c), cuando se combina con *la novela* puede entenderse que *empezar la novela* equivale a ‘empezar a escribirla’ o a ‘empezar a leerla’, porque *novela* contiene en su EQ información sobre ambos eventos. En la interpretación correspondiente al *quale* agentivo el evento denotado por *empezar* constituye una transición que culmina en un punto (L) y da lugar a un estado nuevo (E, la existencia parcial de la novela: la total se alcanza cuando ‘se acaba’); puesto que en ese caso la EE cuenta con una fase [L, E], el predicado admite pasiva, como se ve en (15a). En cambio, en la interpretación correspondiente al *quale* télico, el objeto *novela* preexiste, y no cambia de estado porque el sujeto comience a leerla. Hasta que la lectura no acaba, no existe un estado que siga al punto culminante. Cuando el logro que sigue a un proceso no va seguido a su vez de un estado nuevo, la transición tiene la EE <T1[P, L]> y por ello en esta lectura no se admite pasiva: se ilustra en (15b).

Pues bien, la misma explicación se puede proporcionar para el contraste de (15a’–b’). Si *el cocinero* empieza una tarta, se supone que inicia el proceso de su elaboración; por lo tanto, *la tarta* pasa parcialmente a existir, y la pasiva se acepta (15a’). En cambio, cuando *el niño* empieza la tarta, se interpreta que empieza a comérsela; lingüísticamente no se expresa un cambio de estado; este se produce cuando la tarta se acaba. Por eso no se acepta la pasiva (15b’).²⁵

5. Predicciones del análisis

El análisis propuesto tiene multitud de conexiones y posibles aplicaciones, y la hipótesis de Pustejovsky en la que se basa resulta sumamente atractiva para el lingüista interesado por la relación entre el léxico y la sintaxis. Un conjunto de fenómenos tradicionalmente considerados esquivos para los análisis habituales, parece alcanzar un principio de explicación desde esta perspectiva que integra diversos tipos de información contenidos en la entrada léxica de las palabras (cf. De Miguel, 2004).

Mencionaré sólo una cuestión relacionada con el tema de este trabajo que me parece que se puede investigar teniendo en cuenta los supuestos de la hipótesis aquí defendida: me refiero a la discutida condición de las pasivas con *estar*. Como señala Marín (2004: 28–29),

²⁵ En los datos de (15) la distribución del clítico culminativo es la inversa de la esperada, y de la obtenida en (11). No puedo detenerme aquí, por razones obvias de espacio, a presentar una explicación de este comportamiento aparentemente extraño, pero adelanto que se explica fácilmente en los términos del análisis aquí propuesto. Remito al lector interesado a De Miguel (2004).

ciertos verbos claramente perfectivos las rechazan, a menos que aparezca explícito el sintagma-*por* (*este cuadro está pintado *(por Velázquez); este edificio está construido *(por Fisac)*), restricción que se ha atribuido normalmente a razones de tipo informativo. Encontramos una situación parecida con otros verbos, que parecen menos perfectivos (*las alergias están provocadas *(por muchas causas)*), lo que recomienda en principio desvincular la explicación del aspecto. De hecho, hay verbos perfectivos que no aceptan la pasiva con *estar*, ni siquiera con la presencia explícita del sintagma-*por*: **la sonata está interpretada *(por la orquesta); *el gol está marcado *(por Torres)*; ahora bien, estos últimos verbos sí aceptan la pasiva con *ser*, siempre y cuando se materialice el sintagma-*por* o algún otro adjunto que complete la predicación: *la sonata fue interpretada *([por la orquesta, magistralmente]); el gol fue marcado *([por Torres, en el minuto 90])*. Marín propone explicaciones relacionadas con el tipo de información aportada por el predicado (esto es, de corte pragmático), o relacionadas con la función semántica del argumento (afectado o de trayectoria), pero no acaba de resolver el problema. En mi opinión merece la pena intentar una explicación en términos de EQ.

Nótese que los ejemplos que requieren el sintagma-*por* son aquellos en que el verbo es de creación (*pintar, construir, provocar*) y se combina con el *quale* agentivo del nombre para dar lugar a la existencia de un objeto. La presencia del agente en el sintagma-*por* parece obligada para materializar el *quale* agentivo del verbo. Esto es, mi propuesta sugiere que el sintagma-*por* es obligatorio cuando el verbo es de aquellos en los que el objeto se crea a través de la actividad del agente. Aquí se incluyen los eventos espaciales, en lo que el objeto se crea en el sentido de que se delimita, adquiere contorno, a través del referente del sintagma-*por*: *el prado está limitado *(por la valla); el valle está cruzado *(por el río); la población está rodeada *(por montañas)*²⁶. También en las pasivas con *ser* resulta obligado el sintagma-*por* si el verbo es de creación, como en los casos ya mencionados de *interpretar una sonata* o *marcar un gol*: *la sonata* se crea a través de su interpretación y *el gol* pasa a existir cuando es marcado, a través de determinada actividad llevada a cabo por un futbolista. La razón por la que estos verbos no aceptan, en cambio, la pasiva con *estar* tiene que ver con que en ellos el objeto que pasa a existir tiene una existencia efímera: no se mantiene (como el cuadro una vez pintado o el edificio una vez construido) y la pasiva con *estar*, es una estructura que focaliza un resultado que se mantiene (cf. De Miguel, 2000a).

Este es sólo un ejemplo (merecedor, obviamente, de mucho más que esta simple mención) de por dónde puede avanzar la investigación aquí esbozada y en qué medida puede contribuir a aumentar nuestro conocimiento acerca de los significados aspectuales de los verbos y acerca de las restricciones que experimentan ante ciertos procesos aspectualmente orientados en apariencia.

²⁶ A menudo se ha llamado *complemento agente* al sintagma-*por* aunque, desde un punto de vista semántico, no tiene por qué ser agente (y, desde un punto de vista sintáctico, es discutible si es un adjunto o un argumento). En efecto, el sintagma-*por* puede ser una meta (*los libros fueron recibidos por el periodista*) o un tema, como en los ejemplos mencionados en el texto en los que una entidad ubicada en cierto lugar delimita ese lugar (*el prado está limitado por la valla*). Ahora bien, si se considera que el sintagma-*por*, con independencia de su función semántica o papel temático, es la materialización o saturación del *quale* agentivo, el término tradicional se vuelve bastante más apropiado.

6. Conclusión

La tradicionalmente denominada *naturaleza composicional del aspecto léxico* adquiere una explicación formal sencilla y económica en términos de la teoría de organización del léxico de Pustejovsky. La hipótesis de que los eventos constituyen entidades articuladas compuestas de piezas subeventivas se completa con el supuesto de que la información contenida en la EQ de los participantes en los eventos interactúa con la información contenida en la EE del verbo para determinar las piezas que se van a seleccionar de las distintas posibilidades previstas en el léxico. En definitiva, toda la información potencial sobre cómo puede materializarse un verbo se halla prevista ya en el léxico, nivel donde tienen también lugar las operaciones de cocomposición y coacción entre el verbo y sus argumentos y adjuntos. Como resultado de estas operaciones, el verbo se materializa como perteneciente a cierto tipo eventivo, lo que le capacita para entrar a formar parte de determinados procesos sintácticos. En consecuencia, desde esta perspectiva de análisis resulta más apropiado hablar de la *naturaleza léxica del aspecto composicional*. Por supuesto, este tipo de análisis requiere un modelo de organización del léxico que permita que los verbos se interpreten como constructos geométricos que pueden crecer a través del encaje o combinación de piezas más simples, como el de Pustejovsky (1991, 1995) del que me he servido.

Una serie de fenómenos tradicionalmente ‘polémicos’, que se han resistido tradicionalmente a los análisis habituales, y que han recibido por ello multitud de explicaciones, parecen explicarse en términos aspectuales si se hace uso de ese concepto más amplio de la aspectualidad aquí defendido. La hipótesis de que en el léxico se compone el aspecto que sale a la sintaxis permite explicar por qué verbos clasificados dentro de un mismo grupo aspectual se comportan de manera diferente respecto de ciertos fenómenos dependiendo de los argumentos (y aun los adjuntos) con que se construyen. Y también por qué verbos con un mismo objeto manifiestan en ocasiones distinto comportamiento sintáctico (y diferente interpretación eventiva). De hecho, el análisis propuesto implica una concepción de las clases verbales como generalizaciones aproximativas sobre posibilidades previstas en el léxico y no como grupos estables y cerrados.

Entre los fenómenos esquivos a los análisis habituales que admiten un nuevo examen se encuentra el de la formación de pasivas en español, al que he dedicado este estudio. He intentado mostrar cómo la adecuada selección de las fases de la EE de un verbo no es requisito suficiente para obtener construcciones aceptables, sino que hay que tener en cuenta también la información contenida en la EQ de los argumentos y los adjuntos verbales. El análisis propuesto considera que el aspecto léxico entendido en el sentido tradicional no es el factor determinante de procesos sintácticos como la pasivización, sino uno de los distintos factores que intervienen. Al mismo tiempo plantea la posibilidad de manejar una noción más amplia de aspectualidad, de la que la interacción adecuada entre la información contenida en la EQ de los nombres y la EE de los verbos, en la medida en que es responsable de la materialización de uno u otro tipo eventivo, constituya la manifestación fundamental.

BIBLIOGRAFÍA

- Batsiukova, V. (2003): «Operadores aspectuales en ruso: su estructura eventiva y su función en la representación formal de la oración». En: *Revista Española de Lingüística*, 2.
- Bello, A. (1847) [1981]: *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, Ramón Trujillo (ed.). Tenerife: Aula de Cultura de Tenerife.
- Bjerre, T. (1999): «Event Structure and Support Verb Constructions». En: *Proceedings of the ESSLI Student Session*, Todirascu, A. (ed.), 1, 3–15.
- Bosque, I. (1996): «Por qué determinados sustantivos no son sustantivos determinados». En: *El sustantivo sin determinación. La ausencia de determinante en la lengua española*. I. Bosque (ed.). Madrid: Visor, 13–119.
- Bosque, I. (1997): «Objetos que esconden acciones. Una reflexión sobre la sincategorematicidad». En: *Léxic, Corpus i Diccionaris. Cicle de conferències i seminaris '97 –'98*. Cabré, T. y C. Gelpi (eds.). Barcelona: Institut Universitari de Lingüística Aplicada, 15–31.
- Bosque, I. (2001): «On the weight of light predicates». En: *Features and Interfaces in Romance*. Herschenson, J., K. Zagana y E. Mallén, (eds.). Amsterdam: John Benjamins, 23–38.
- Bosque, I. y V. Demonte (dirs.) (1999): *Gramática Descriptiva de la Lengua Española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Climent Roca, S. (2000): «Individuación e información Parte-Todo. Representación para el procesamiento computacional del lenguaje». En: *Estudios de lingüística española*, 8 (revista informática, Comunidad Virtual de Usuarios asociada a Infoling).
- Demonte, V. (2002): «Preliminares de una clasificación léxico-sintáctica de los predicados verbales del español». En: *Ex Oriente Lux. Festschrift für Eberhard Gärtner zu seinem 60. Geburtstag*. S. Grosse ey Axel Schönberger (eds.). Frankfurt am Mein: Valentia, 121–144.
- Fernández Lagunilla, M. y de Miguel, E. (1999): «Relaciones entre el léxico y la sintaxis: adverbios de foco y delimitadores aspectuales». En: *Verba*, 26, 97–128.
- Fernández Lagunilla, M. y de Miguel, E. (2000a): «La interfaz léxico-sintaxis: el clítico culminativo». En: *Sobre el lenguaje: Miradas plurales y singulares*. Miguel, E. de et alii (eds.). Madrid: UAM/Arrecife, 141–159.
- Fernández Lagunilla, M. y de Miguel, E. (2000b): «Adverbios de manera e información aspectual». En: *Actas del IV Congreso de Lingüística General*. Muñoz, Mª D.; Rodríguez-Piñero, A. I.; Fernández, G. y Benítez, V. (eds.). Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz/Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1009–1019.
- Fernández Lagunilla, M. y de Miguel, E. (en prensa): «Más allá de la información subeventiva: procesos que operan con los *qualia* de las palabras». En: *Actas del V Congreso de Lingüística General*. Madrid: Arco/Libros.
- Fernández Ramírez, S. (1986): *Gramática española: el verbo y la oración*, 4. Madrid: Arco/Libros.
- Fodor, J. y Lepore, E. (1998): «The Emptiness of the Lexicon: Reflections on James Pustejovsky's *The Generative Lexicon*». En: *Linguistic Inquiry*, 29/2, 269–288.
- Gili Gaya, S. (1943) [19649]: *Curso Superior de Sintaxis Española*. Barcelona: Bibliograf.
- Hernández Paricio, F. (en prensa): «Proyección léxica e intransitividad dividida». En: *Actas del VI Congreso de Lingüística General*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Horno Chéliz, Mª Carmen (2002): «Aspecto léxico y verbos de percepción. A propósito de *ver* y *mirar*». En: *In memoriam Manuel Alvar. Archivo de Filología Aragonesa*, LIX. Castañer, R. M., et alii (eds.). Zaragoza: CSIC.
- Lapesa, R. (1942) [19829]: *Historia de la lengua española*. Madrid: Gredos.
- Marín, R. (2004): *Entre ser y estar*. Madrid: Arco/Libros.

- McGinnis, M. (2003): «On the Systematic Aspect of Idioms». Universidad de Calgary. Manuscrito inédito.
- Miguel, E. de (1992): *El aspecto en la sintaxis del español; perfectividad e impersonalidad*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Miguel, E. de (1999): «El aspecto léxico». En: Bosque, I. y Demonte, V. (dirs.), 2977–3060.
- Miguel, E. de (2000a): «Relazioni tra il lessico e la sintassi: classi aspectuali di verbi ed il passivo in spagnolo». En: *Classi di parole e conoscenza Lessicale*. Simone, R. et alii (eds.). Número monográfico de *Studi Italiani di Linguistica Teorica e Applicata*, XXIX, 2, 201–215. También en *Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación*, 2001, info/circulo/no8/demiguel.Htm.
- Miguel, E. de (2000b): «El texto jurídico-administrativo: análisis de una Orden Ministerial». En: *Revista de Lengua y Literatura Española de la Asociación de profesores de español 'Francisco de Quevedo'*, II, 6–31. También en *Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación* 4, 2000.
- Miguel, E. de (2003): «Sobre la silepsis: un análisis léxico-semántico de la discordancia inducida por mitad». En: *Revista de Investigación Lingüística*, VI, 1, 143–173.
- Miguel, E. de (2004, en prensa): «Qué significan aspectualmente algunos verbos y qué pueden llegar a significar». En: *Clases de verbos*. Cifuentes, J. L. y Marimón, C. (eds.). Número monográfico de ELUA.
- Miguel, E. de y Fernández Lagunilla, M. (2000a): «El operador aspectual *se*». En: *Revista Española de lingüística*, 30, 1, 13–43.
- Miguel, E. de y Fernández Lagunilla, M. (2000b): «Predicación secundaria y modificación adverbial». En: *Actas del II Congreso de la Sociedad Española de Lingüística*. Madrid: Gredos, 226–233.
- Miguel, E. de y Fernández Lagunilla, M. (2004): «Un enfoque subeventivo de la relación entre predicados secundarios y adverbios de manera». En: *Revue Romane*, 39, 1, 24–44.
- Miguel, E. de y Fernández Lagunilla, M. (en prensa): «Sobre la naturaleza léxica del aspecto composicional». En: *Actas del VI Congreso de Lingüística General*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Moreno Cabrera, J. C. (2003): *Semántica y gramática. Sucesos, papeles semánticos y relaciones sintácticas*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Pérez Jiménez, I. y Moreno, N. (en prensa): «¿Son todos los verbos inacusativos aspectualmente télicos en español? El papel de la telicidad en la interficie léxico-sintaxis». En: *Actas del VI Congreso de Lingüística General*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Pustejovsky, J. (1991): «The Syntax of Event Structure». En: *Lexical and Conceptual Structure*. B. Levin y S. Pinker (eds.). Oxford: Blackwell, 47–81.
- Pustejovsky, J. (1993): «Type Coercion and the Lexical Selection». En: *Semantics and the Lexicon*. Pustejovsky, J. (ed.). Dordrecht: Kluwer, 73–94.
- Pustejovsky, J. (1995): *The Generative Lexicon*. Cambridge: Mass. MIT Press.
- Pustejovsky, J. (2000): «Events and the Semantic Opposition». En: *Events as Grammatical Objects*. Tenny, C. y Pustejovsky, J. (eds.). Stanford: CSLI Publications, 445–482.
- Pustejovsky, J. y Boguraev, B. (1993): «Lexical Knowledge Representation and Natural Language Processing». En: *Artificial Intelligence*, 63, 193–223.
- Pustejovsky, J. y Bouillon, P. (1996): «Aspectual Coercion and Logical Polysemy». En: *Lexical Semantics. The Problem of Polysemy*. Pustejovsky, J. y Boguraev, B. (eds.). Oxford: Oxford University Press, 133–162.
- Takagaki, T. (2004): «On the Productivity of the Spanish Passive Constructions». En: *Corpus-based Analyses on Sentence Structures*. Takagaki, T.; Zaima, S.; Tsuruga, Y. y Kawaguchi, Y. (eds.).

- Número monográfico de *Linguistic Studies*, I. Tokyo: Tokyo University of Foreign Studies, 173–192.
- Tokunaga, Sh. (2001): *Clases aspectuales de verbos en japonés y restricciones aspectuales de la formación pasiva*. Tesis Doctoral Inédita. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Val Álvaro, J. F. (1999): «Sobre la naturaleza del conocimiento léxico». En: *V Jornadas de Lingüística*. Torres Sánchez, M. A (ed.). Cádiz: Universidad de Cádiz, 129–171
- Val Álvaro, J. F.; Hernández Paricio, F.; MENDÍVIL GIRÓ, J. L. y Horno Chéliz, M. C. (2003): «Alternancias verbales: estructuras subeventivas y sintaxis léxica». Universidad de Zaragoza. Manuscrito inédito.
- Vendler, Z. (1967): *Linguistics in Philosophy*. Ithaca: Cornell University Press.

ANALIZA S STRUKTURO *QUALIA* IN DOGODKOVNO STRUKTURO

Avtorica pričujočega članka poskuša razložiti z razširjenim pojmom leksikalnega aspekta nekatere aspektualne omejitve, ki se tradicionalno pripisujejo perifrastičnemu trpniku, in navidezno nepričakovanim obnašanjem nekaterih glagolskih sintagem pri pasivizaciji, ki se jih z aspektualnega vidika ne da razložiti. Hipoteza, na kateri temelji analiza (znotraj teoretičnega modela avtorja Pustejovskyja, 1991, 1995, 2000), predpostavlja, da kodirana informacija povedkovih argumentov v strukturi *Qualia* deluje interaktivno v leksiki z dogodkovno strukturo glagolov, da bi tako sprožila aspektualne značilnosti, ki usmerjajo sintaktično obnašanje le-teh v skladnji. Na ta način se lahko rešijo nekatere težave pri običajnih analizah (tako skladenjskih kot leksikalnih), ki jih povzročajo določeni skladenjski pojavi, kot je pasivizacija.